

Daniela — Gran Canaria, 1979

La sangre de Daniela mezclaba el carácter y la explosividad italiana con la dulzura y la voluptuosidad canaria. Era una mujer bajita, relativamente atractiva, muy gesticulante y llena de fuerza, aunque en su interior albergaba más inseguridades que un grupo de tartamudos armados con versos contra el ejército soviético en pleno... cuando había ejército soviético.

Su padre era un insigne fracasado italiano, nacido en el dudoso barrio de la *Guadagna* en Palermo. Descendiente muy lejano de uno de los bastardos Sforza huidos desde Pésaro siglos atrás, el pequeño Salvatore se crio en una casita que se rompía a trozos en la esquina de la vía *Buonriposo* con la nada más absoluta. Desde allí, vivía viendo los trenes pasar, y soñaba con andar, con vivir historias lejos de esa ciudad que sentía como una cárcel. Ya de jovencito, Salvatore Sforza trabajó en miles de lugares, pensando siempre que el futuro sería mejor. Y soñando ese futuro que nunca llegaba, no fue capaz de disfrutar ni un solo presente. Arrastraba su frustración, su vagancia y su incapacidad por las calles mientras repartía periódicos, ayudaba en la cafetería de al lado de la catedral vendiendo helados a mil liras o trabajaba a ratos en el puerto, buscando siempre contacto con gente que le pudiera llevar lejos de allí, tratando de escapar del control de los *carabinieri* que patrullaban los accesos al puerto, con fusiles bien visibles y preparados en una estéril advertencia a la *Cosa Nostra*, que seguía dictando las leyes humanas y los designios divinos de la isla.

En una de sus búsquedas de algo de trabajo en el puerto coincidió con don Yeray Santana, aventurero canario que fue amigo y compañero del caballero Antonio Cañones Cabrera, y que trabajó para él en los inicios de la Naviera Cañones, pero que

chocó frontalmente con su hijo Antonio Cañones Bolaños y decidió dejar la empresa cuando el hijo pasó a dirigir la naviera. El curtido señor Santana decidió aplacar sus ansias de navegar haciéndolo por libre y vendiendo su experiencia al mejor postor, lo cual le ofrecía frecuentemente la oportunidad de recorrer muchos puertos con diferentes barcos para llevar cargas, pasaje o sencillamente para dedicarse al recreo, que para él significaba manejar una buena nave por los más diversos mares. De vez en cuando llevaba consigo a su mujer, la preciosa María del Pino, nacida y criada en Teror, al lado de la basílica, que harta de que su marido no estuviera nunca en tierra, decidió romper todos los esquemas sociales canarios y se embarcó en más de una ocasión junto a su Yeray, para que los meses sin calor humano no le anestesiaran el alma y que los fríos no fueran los corporales, sino los que les regalase la brisa mediterránea, la tempestad atlántica o la locura indomable cantábrica.

En un diciembre de finales de los años setenta, aprovechando las vacaciones navideñas, don Yeray y doña María del Pino llegaron a Palermo con su hija Carmen del Pino, la cual había heredado la belleza y el coraje de su madre y el ansia aventurera y las nostalgias de su padre. Así coincidieron Salvatore y Pinito. No se enamoraron a primera vista, ni a segunda. Sencillamente, no se enamoraron. Pero sintiendo el fuego del sexo solo con verse, se imaginaron desnudos, enredados y sedientos, y decidieron no dejar nada para la fantasía. Mezclaron saliva, sangre, semen y entrañas entre las bolas del árbol de Navidad del camarote principal del barco, mientras los padres de Carmen del Pino se dedicaban a recorrer la ciudad para encontrar provisiones en las consolidadas empresas alimentarias de la isla.

Cuando apareció de nuevo el barco de don Yeray en el puerto cuatro meses después, Salvatore supo que había preñado a su hija aún antes de que atracara, y antes de ver la mirada hosca y el puño trémulo de ira del caballero canario ya tenía decidida su respuesta. Se casaría sin duda con Carmen del Pino Santana Guerra, su generosa y concupiscente amante por unas horas. Y emigraría, por fin, lejos, muy lejos. Siempre había pensado que un día conseguiría alejarse de su Palermo natal, pero creía que lo haría sin nada más que con las dudas que le pudiera generar la pobreza y sin saber dónde caería muerto de hambre o desidia. Cuando vio la oportunidad de alejarse de allí con oficio, familia y un cuerpo de mujer joven y bonito para él solo, vio el cielo tan abierto como las piernas de Pinito. Lo que no sabía entonces es que ella tenía voz, voto, decisión, arrestos y cuerpo para dar y repartir, y que sus exigencias sociales, culturales, económicas y seminales estaban muy por encima de las que el pobre desgraciado de Salvatore estaba dispuesto a ofrecerle.

De regreso a Gran Canaria, la joven pareja se instaló en la capital de la isla, en un pequeño piso que tenía doña María del Pino en la zona de la calle Ripoche, después de haberse celebrado una boda discreta, por supuesto. A sus amistades les dijeron que se habían casado con gran boato en Italia, y así socialmente, no solo pasó como un matrimonio con todas las de la ley, sino como algo exótico y distinguido según y cómo se mirara.

Después de dar a luz a su hija, Carmen del Pino empezó a trabajar en la farmacia del parque de Santa Catalina, regentada por su inseparable amiga Consuelo Martel, que le abrió los brazos como siempre había hecho. Salvatore empezó a trabajar en el puerto de la Luz, en un empleo de carga que le consiguió su suegro, y empezó a darse cuenta

de que las distancias no cambian la vida, que todo puerto es igual, que toda ola rompe, que si la desgracia va contigo te sentirás desgraciado estés donde estés y que huir es mala solución, porque nunca puedes escapar de ti mismo sin sufrir daños irreversibles. Solo si estás dispuesto a crecer, puedes vivir en paz contigo mismo y disfrutar de cada momento. Pero Salvatore no estaba dispuesto a nada más que a seguir soñando con barcos que partían y con preciosas sirenas que le cantaban desde su interior. Estaba convencido de que, aunque sintiera que los cantos venían de muy lejos, algún día encontraría la manera de llegar hasta ellos. Y seguía intentando dar con la guarida de esas sirenas, buceando entre las piernas de cualquier jovencita incauta que se rindiera a sus encantos, que no eran pocos, y aunque nunca daba con ningún ser mitológico, se dejaba envolver una y otra vez por el adormecimiento mágico que sentía embriagado por el aroma que desprendían los secretos físicos de cada mujer que se ponía a su alcance, aunque en ocasiones estos secretos se revelasen a cambio de dinero. Y en su búsqueda de bestias míticas en cuanta entraña femenina se le pusiera a disposición, nunca le importó un pijo que su Carmen del Pino estuviera preñada, o recién parida, o lactante o, simplemente, viva.

La pequeña nació en un día radiante y soleado, lo cual no era extraordinariamente difícil en esas tierras. Su llanto, seguro y potente, rasgó la tarde en el hospital del Pino de un maravilloso 11 de septiembre, y su abuela, en secreto, intentó que le pusieran a la pequeña su mismo nombre, María del Pino, en honor a la Virgen de la isla cuyo día se celebraba tres jornadas antes. Pero Carmen del Pino no era muy devota de nada, y menos de perpetuar los nombres familiares, de padres a hijos, de abuelas a nietas. Le parecía que cada nombre servía para una época, y que llamarse todas las féminas de la familia, aunque fuera cada dos generaciones, de la misma manera, era asemejarse a

una familia de perros con pedigrí. Ella podía ser un poco perra en muchas cosas, y contar con un buen árbol genealógico, pero no estaba dispuesta a comparar a su hija con un mojón hediondo, con todos los respetos para todas las Pinos del mundo. Como, tanto a su madre como a ella, les llamaban Pino, amputando el María de la madre y el Carmen suyo, finalmente su madre fue a ojos de todos doña Pino, y ella Pinito. Odiaba que la conociesen por Pinito, y había oído demasiadas veces eso de “voy a plantar un pino” cada vez que alguno de sus compañeros de clase iba al excusado, como para querer asociar esa imagen repulsiva a su niñita del alma. Ya ella misma, al ser Pinito, no había sido más que un zurullo raquítico para sus crueles colegas en el colegio. No quería ni imaginar lo que le depararía a su pequeña en esa suerte de chanzas escatológicas cuando llegara a la pubertad si cedía a los deseos de doña Pino Guerra.

Ante el desconcierto del nombre, Salvatore fue por una vez en su vida rápido y le dijo a su mujer que le gustaría poner a su hija un nombre italiano, y que considerando que el día 11 de septiembre era la onomástica de Daniel Wyn, un obispo galés elevado a santo por vete tú a saber qué favores habría hecho en vida o qué cantidad de dinero habrían pagado sus descendientes, podrían poner a su hija un nombre tan italiano como Daniella, en honor a tan distinguido religioso. Carmen del Pino, que siempre iba más lejos que él, dio su aprobación a cambio de bautizarla con una sola ele, españolizando así el nombre para no complicarle la vida, y registrarla con los apellidos paterno y materno, y no solo con el primero como era costumbre italiana. Salvatore no vio impedimento y siempre pensó que se había salido con la suya, cosa que Pinito nunca desmintió, a pesar de que el nombre de Daniela siempre le había gustado y que había conseguido que su retoño no solo fuera Sforza, sino también Santana. No era tan ingenua como para no saber que su marido huía de todo lo que tenía que ver con la

Iglesia, y que difícilmente habría sabido quién era ese tal Daniel Wyn si no fuera porque tenía un interés propio y nada reverente en ello.

Por el contrario, Salvatore sí que era tan ingenuo como para no pensar que detrás de una aceptación tan rápida por parte de su esposa, había una intención mucho más alargada que la sombra que podían dar las palmeras en las calurosas tardes de septiembre en los alrededores del castillo de la Luz donde iban a pasear. Allí fue donde decidieron el nombre de la chiquilla, empujando un carrito Jané de último modelo que les habían regalado los compañeros de la farmacia de doña Consuelo Martel. La única intención de Carmen del Pino era que su hija llevara el apellido Santana, porque sabía a ciencia cierta, aunque desconocía cuándo, que la parte Sforza de la familia desaparecería y se disiparía en la memoria, como lo hace una espesa nube cuando golpea contra las ventanillas de un avión.

Antes de que pasara eso, Carmen del Pino se empeñó en que Daniela aprendiera perfectamente italiano y español, que hablara ambos idiomas como si fuesen maternos, que en el fondo lo eran, y que nunca olvidara los dejes canarios que le revelarían en cualquier lugar del mundo como alguien especial y a tener en cuenta. El dominio de idiomas era una inversión de futuro, y eso lo tenía muy claro Pinito a pesar de que no era frecuente que en su época la gente fuera consciente de ello.

Daniela pasó sus diez primeros años de vida en la capital de Gran Canaria, rodeada de sol, luz y olor a mar, de calima pegajosa en verano y de disfraces en invierno, de figuras en la arena y de visitantes extranjeros que se requemaban solo de ver el sol por las ventanas de sus hoteles, de trapicheo de protectores solares y de somnolencia en hierba para fumar por las calles de alrededor de su casa. Le encantaba el ambiente de

su ciudad, ponerse el sombrerito diminuto ladeado en la cabeza cuando llegaba final de mayo y acompañarlo de un precioso traje en tonos blancos y naranjas que consiguió que su madre le encargara en el taller de doña Nieves Domínguez Perdomo, en Valsequillo, y que lucía con una sonrisa espectacular. La pequeña siempre brillaba en la celebración del día de Canarias.

Tenía el pelo azabache y ondulado, y unos ojos marrones expresivos y grandes, enmarcados por largas pestañas, que combinaban perfectamente con su carita redonda y permanentemente bronceada. Nunca fue tan guapa como su madre, y se quedó bastante bajita, lo cual no le daba aspecto de esquelética precisamente, pero sabía explotar cada uno de sus encantos ya desde pequeña, consiguiendo convertirse en una jovencita atractiva con el paso de los años. Estudiaba en el colegio de Nuestra Señora del Carmen, no por devoción, que eso a menudo viene de familia, y ni Salvatore ni Carmen del Pino comulgaban con las convicciones cerradas de la Iglesia, cada uno por sus intereses. Iba a ese colegio por cercanía a casa, y su falta de fe y su relajación en temas religiosos le acarreó más de un problema con sor Basilisa Arrigorriaga, directora del colegio en esos años, que era devota, avispada, recta y reducida a partes iguales.

—Doña Carmen del Pino —le recriminaba a la madre de Daniela—, su hija a veces se comporta como una oveja ajena al rebaño del Señor, y ya sabe usted que el camino al infierno es corto y apetecible a los ojos del pecador, y a su hija le gusta andar en el filo. A lo que Pinito, no sin cierto sarcasmo, cambiando el nombre de la pobre hermana, le contestaba:

—Tiene usted razón, sor Basilisca, como siempre, pero suficientemente inescrutables son los caminos del Señor como para que una niña inquieta como Daniela no quiera explorar un camino apetecible. La lástima es que no sea un camino más largo, porque a mí se me ha hecho demasiado corto.

Y así seguían año tras año, con su toma y daca dialéctico, mientras sor Basilisa se desesperaba y no paraba de rezar rosarios por la salvación de la tierna y descarriada Daniela. Pero claro, contra los genes de un padre extranjero y unos abuelos aventureros, poco se podía hacer. El demonio tenía largos tentáculos y se escondía en cada ola y en cada puerto y en cada falda arremangada, y no había rosarios ni devoción suficiente para poder controlar los deseos desviados ni la falta de fe de una niña, y ella tenía mucho rebaño del que cuidar.

Cuando las tareas de Daniela le dejaban tiempo, acudía a la farmacia de doña Consuelo Martel para estar un rato con su madre, y disfrutaba viéndole vender remedios y escuchándole dar consejos y recomendaciones a los clientes, tanto para la salud del cuerpo como para el bienestar del alma, que en ello su madre era bastante experta. Y lo que no sabía se lo inventaba, que de imaginación no andaba corta y, en el fondo, los males del alma normalmente tenían que ver con las ideas enraizadas de manera inadecuada en las cabezas. Y cualquier placebo era bueno para debilitar una idea y dejar fluir las necesidades de los corazones. Carmen del Pino también se atrevía con la distribución aleatoria de medicamentos para curar hemorroides, estreñimientos, dolor de ovarios o secreciones del lagrimal. Lo malo es que frecuentemente aconsejaba cualquier cosa que tenía en excedente de existencias, para limpiar el almacén principalmente, y a veces los resultados no eran demasiado óptimos. Cuando venía

algún cliente a decir que no había mejorado en absoluto, sino más bien al contrario, Pinito ponía cara de santa recién apeada de un altar para atender al incauto y le mandaba al médico más cercano, convenciendo al pobre infeliz de que era mejor no revelar al doctor lo que había estado tomando o aplicándose, para que así el doctor pudiera decidir el tratamiento adecuado sin interferencias ni prejuicios. Nunca había tenido ningún problema por ello, y Daniela aprendió un poco de medicina, bastante de dolores de alma, y se doctoró en echarle cara dura y valor a la vida.

Pero lo que más enseñó de la vida y de la realidad de los hombres y las mujeres a Daniela, fue lo que sucedió una noche indeterminada cuando ella tenía 11 años cumplidos. Estaba con su madre ya en casa y apareció Salvatore lívido de rabia. Agarró a Pinito y la empotró contra la pared. Le acercó mucho la cara, y cuando estaban sus bocas separadas por milímetros y podían verse la rabia en sus ojos, le espetó un “puta” muy contenido que resonó en los oídos de Daniela toda la vida.

Lo cierto es que hacía un par de meses que su madre le pedía que no fuera a buscarle los jueves a la farmacia, que se fuera a casa directamente, y ella aparecía un par de horas después del cierre de la botica con los cabellos desordenados, las mejillas sonrosadas y un olor a deseo satisfecho que empezaba a ser inconfundible para Daniela. Y era un aroma más que familiar, porque es el que sentía en su padre casi a diario, de tal manera que cuando jugaba a ser inocente, quería convencerse de que era la nueva fragancia que había adquirido Salvatore en los bazares de la calle Ripoché. La niña no tenía aún edad ni experiencia para distinguir las notas saladas y rancias de un perfume que mezclaba flujo vaginal, semen descompuesto, sudor, pecado y pelos púbicos enredados en la chaqueta de punto que doña Pino había tejido para él, réplica

de la que usaba uno de los protagonistas de una serie de policías que había tenido mucho éxito algunos años atrás. Daniela repasaba cada noche la chaqueta de su padre cuando la dejaba colgando en la entrada, para limpiarla de restos evidentes antes de que su madre los descubriera. De vez en cuando, sin duda, Daniela seguía siendo la niña decidida e inocente que le tocaba ser por su edad. Pero frecuentemente se veía obligada a jugar un papel que no le correspondía, en un equivocado intento de proteger a su madre, evitándole disgustos provocados por el patán de su padre.

Una vez Salvatore dejó escapar a Carmen del Pino de la pared, esta se atusó la camisa que había quedado arrugada del encuentro, se tocó el pelo y sonrió. Se sentó a la mesa y sirvió a su hija y a ella misma, y le entregó la cuchara con total tranquilidad a su marido para que éste se sirviera, aún tembloroso. Terminada la cena, pidió a Daniela que se fuera a su habitación y cogió a su marido de la mano y le invitó a que le siguiera a la cama. Le habló de la gente que va contando chismes por ahí, y de la necesidad de muchas personas de llenar sus vidas vacías con habladurías sobre los otros. Le arrulló con su voz hasta que se amansó. Le dijo que ella no era una puta y que solo lo sería para él. Le dijo que quería jugar y que quería que esa noche le pagara por el sexo que iban a tener. Salvatore cogió emocionado la cartera y le colocó encima de la mesilla de noche un billete de cinco mil pesetas, y se dejó hacer. Su mujer se le acercó, le desnudó muy despacio, y cuando lo tuvo delante sin nada más puesto que sus ganas y su pene erecto, se fue quitando prenda a prenda, revelando su desnudez ante los ojos lujuriosos de su marido. Finalmente, cuando quedó completamente desnuda, le tumbó en la cama y se puso encima. Sentó su entrepierna en la cara de Salvatore y se inclinó hasta alcanzar su excitación. Se la introdujo lentamente en la boca, rozando con sus dientes las costuras del glande circuncidado, que eran especialmente sensibles. Poco a

poco fue aumentando su presión y su succión, a la vez que notaba como su marido pasaba su lengua por el clítoris hinchado y sus entrañas se iban deshaciendo en flujo que se mezclaba con la saliva de Salvatore. Cuando notó que su marido estaba próximo al clímax, disminuyó el ritmo y la intensidad, pues no quería que lo alcanzara aún. Quería llegar ella primero al orgasmo, sentir como perdía la noción del espacio y como todas sus sensaciones se centraban en un único punto. Movi6 la cadera con fuerza para restregar su sexo abierto en la boca de Salvatore, y cuando notó que estaba a punto de correrse, sacó de su boca el pene para poder gritar su liberación. Inundó el vecindario de un alarido rítmico y repetido de placer y rabia, y cuando se tranquilizó, volvió a meterse el pene en la boca y se puso a succionar con fuerza hasta que empezó a notar los gemidos típicos de su marido justo antes de correrse. Dejó que se desparramara en su boca y en sus labios. Todavía tenía gotas de semen que le resbalaban por la barbilla cuando se giró, cogió a su marido por los testículos, le miró a los ojos y le dijo:

—Nunca tengas el valor de llamar a ninguna mujer puta en tono despectivo. Cualquier mujer que se dedique a eso debe tener tu respeto porque tú eres una mierda al lado de cualquiera de ellas. Nunca jamás me vuelvas a llamar puta porque no lo he sido antes de esta noche. He tenido sexo, sexo bueno, mediocre, malo. Sexo de todos tipos. Y lo volvería a tener mil veces. Nunca te has planteado si yo estaba satisfecha contigo en este sentido ni te has preocupado por mis deseos. Habrías podido tener todo el sexo del mundo a mi lado, habrías podido probar mil cosas con mi cuerpo, o ver cómo te daba placer de todas las formas conocidas y de algunas ni inventadas aún. Habrías podido realizar todas tus fantasías a mis ojos, con mi respeto, mi dedicación y mi deseo. He buscado lo que no he podido tener contigo. Y nunca lo he hecho por dinero.

¿Sabes, Salvatore?, cada vez que follaba con un hombre que no eras tú, me preguntaba si no hubiera sido más lógico buscar contigo ese goce oscuro y prohibido. Te he querido tanto que me habría encantado hacerlo, por ti y por mí. Para buscar nuevas sensaciones y vivirlas juntos. ¿Crees que no sé que te has follado a media isla? ¿Y yo te he llamado por ello puto? Para ser puta, o puto en tu caso, no solo hay que hacerlo por dinero. Normalmente hay que hacerlo sin desearlo también. Tragándote cosas que no quieres. Sintiendo asco y desprecio. Hoy yo he sido una auténtica puta.

Le retorció un poco más los testículos con su mano derecha mientras con la izquierda señalaba la puerta.

—Ahora vete, vete de casa y de nuestras vidas. Tu hija te verá si quiere cuando sea mayor de edad, pero nunca, nunca más, vuelvas a mirarme a la cara. Te lo he consentido todo igual que tú a mí. Pero lo que no te consentiré nunca es la falta de respeto que me has tenido hoy. Eso nunca. Me has faltado al respeto a mí y a todas las mujeres del mundo. No te arranco los huevos porque pienso que todavía puedes reflexionar sobre ello y cambiar, pero nunca, nunca más, vuelvas a llamar puta a ninguna mujer, porque te juro que me enteraré y acabaré lo que hoy he empezado.

Le soltó y esperó que se pusiera algo y saliera por la puerta. No rechistó ni hizo el más mínimo comentario. Cuando se cerró la puerta del piso, Carmen del Pino vio que Daniela estaba en la sala, a oscuras, de pie, y con una cara extraña. No parecía horrorizada ni asustada. Sencillamente miraba a su madre e intentaba digerir lo que había visto y oído, que era todo, ya que desde el inicio estuvo mirando desde la puerta a sus padres.

Se acercó a su madre, abrazó con fuerza su cuerpo desnudo, cogió una funda de almohada que estaba en el suelo para lavar, y con ella limpió un rastro de semen de su padre que aún permanecía en el cuello de su madre. Estuvieron abrazadas una eternidad, hasta que se trasladaron a la cama cercana y se acostaron en ella. Y así se quedaron dormidas, Pinito con su desnudez como bandera y Daniela con una certeza absoluta de que nadie, ni hombre ni mujer, le faltaría al respeto sin su consentimiento nunca, que jamás se separaría de un hombre por divergencias de cama, y que de mayor tendría el valor, la claridad de cabeza, la frialdad, la decisión y el deseo sexual de su madre.

A la mañana siguiente, Carmen del Pino habló con doña Consuelo Martel y con sus padres, y reunió todos los ahorros de su vida. Decidieron empezar una nueva etapa lejos de allí, en Barcelona, de la cual le hablaba muchas veces Consuelo en los pocos ratos tranquilos en la botica, o cuando desayunaban churros con chocolate en La Madrileña. Le decía que era una ciudad donde nadie miraba a nadie, ni nadie preguntaba sobre nadie, ni nadie pedía cuentas a nadie. Las Palmas quedaría para sus escapadas de verano, para sus locuras de Carnaval, y para dormir arrulladas de vez en cuando por Yeray y María del Pino, que seguían viviendo ya viejitos en su casa de Vegueta, junto a la catedral, y miraban a su hija y a su nieta con ojos enamorados intentando entender cada uno de sus pasos.

A Pinito le sonó a paraíso una tierra donde pudieran vivir siendo anónimas y donde no tuvieran el peligro de encontrarse a nadie conocido en cada esquina, en cada atardecer, en cada recuerdo.

Cogieron dos billetes en clase turista y se despidieron sin volver la cabeza, notando como un último rayo de sol les calentaba la espalda, como si quisiera animarles a empezar una nueva vida.

Daniela soltó una lágrima mientras sonreía. El fuego Sforza y la determinación Santana anidaban en ella. Sabía que dejaba atrás lo que siempre sería su casa, pero que iba hacia un lugar en el que se sentiría en casa toda la vida.